

*MARÍA*  
APUNTES PARA UN JUICIO CRÍTICO<sup>1</sup>

A.....

Cuando juntos leímos a *María*, me pediste que en memoria de esas gratas horas que tan presto pasaron, como un recuerdo de los para mí inolvidables momentos en que, reclinada a mi lado, me confiaste la dulce misión de enjugar las lágrimas que las páginas que yo leía te hacían derramar, publicase la apreciación que entonces formamos del hermoso libro de Jorge Isaacs; fue inútil que te hiciera presente que no era yo el más a propósito para inspirar entre nosotros el deseo de conocer la creación del poeta colombiano; insististe y, como siempre, he tenido que ceder.

Tú bien sabes que en cambio de este pequeño sacrificio nada te exijo; ¿ni qué recompensa podría pedirte cuando el solo recuerdo de los momentos que volaron a tu lado me hace aún hoy tan feliz?...

---

*María* para algunos es una novela; para nosotros es algo más que eso; es un bello estudio de un corazón inocente y apasionado, es toda una enseñanza. Basta leerla una vez para sentirnos poseídos de mil sentimientos benévolos y con el deseo de hacernos mejores; con mil bellas aspiraciones que, durante más o menos tiempo, nos halagan dulcemente, haciéndonos forjar sueños deslumbradores, que con fe esperamos se realicen en el porvenir.

En medio de infinitas bellezas podemos notar tres principales que dominan todo el libro y que ponen muy de manifiesto el pensamiento del autor: es la primera, la sencilla y conmovedora pintura de un amor desgraciado; la segunda, el profundo

---

<sup>1</sup> Publicado en: José Toribio Medina. *Opúsculos varios*. Ed. Juan Borchert. Santiago: Imprenta El Globo, 1926, 1-14.

afecto de por el suelo natal; y la tercera, la descripción, tan natural como verdadera, de las costumbres de los habitantes del valle del Cauca.

es quien nos va a relatar su historia. Los personajes que en ella figuran viven en el campo y bajo un mismo techo; no hay, por consiguiente, ni puede tampoco esperarse, más que una acción sencillísima, la cual en su desarrollo no decae un solo momento del interés que desde el principio nos inspira. Mucho tarda el héroe en darse a conocer, y hasta su nombre permanece ignorado mucho tiempo para el lector; no se inicia poco a poco, sino que habla como de cosas ya conocidas, consecuente en esto el autor con lo que dice a los hermanos de en la dedicatoria: “Lo que ahí falta tú lo sabes; podrás leer hasta lo que mis lágrimas han borrado”. Y por eso es que no se principia diciéndonos quién es María, ni cómo la vio por primera vez; la pasión está ya muy adelantada. Sólo cuando al regresar a la casa paterna encuentra a María transformada, expresa así sus lamentos y sus esperanzas: “la niña cuyas inocentes caricias habían sido todas para mí, no sería ya la compañera de mis juegos; pero en las tardes doradas de verano estaría en los paseos a mi lado, en medio del grupo de mis hermanas; le ayudaría yo a cultivar sus flores predilectas; en las veladas oiría su voz, me mirarían sus ojos, nos separaría un solo paso».

Inútil es buscar en todo el libro una descripción completa de María; y como un hombre dominado por su solo recuerdo, habla de ella a cada paso.

Sólo leyéndolo todo pueden completarse los bosquejos parciales que se encuentran; pero valiéndose de una hermosa comparación nos hace una advertencia general, manifestándonos que así como es imposible que las grandes bellezas de la creación puedan a un tiempo ser vistas y cantadas, siendo necesario que vuelvan al alma empalidecidas por la memoria infiel, así es imposible para él pintarnos lo que era María. - ¿Pero qué necesidad tiene de hacerlo cuando en sus palabras, en sus respuestas, en sus miradas, creemos adivinar, ver a su amada?

No nos dice cómo se amaron: ¿y para qué? cuando, como dice Sandeau, “entre corazones sinceros el principio de la pasión es siempre el mismo, siempre el eterno y hechicero poema cantado por dos voces nuevas; el acento varía, pero el sentido divino de la melodía no puede variar. De qué serviría decir cómo y cuándo se declararon al fin que se amaban? Consulten su memoria los que han vivido. ¡Cien veces más dichosos los que no tienen todavía recuerdos!” Pero de un solo rasgo nos describe a María y su amor por ella hablando de Atala; “era bella, dice, como la creación del poeta, y yo la amaba con el amor que él imaginó!” No hay nada que más nos encante que esa sencillez admirable de María; a las tiernas expansiones de Efraín, apenas responde dos palabras, pero cada una de ellas es un modelo de inocencia y de candor. Al ver la naturalidad con que las pronuncia, trata uno de evocar los recuerdos del pasado, revolviendo allá en su mente esos acentos pronunciados a media voz, eternamente inolvidables y que tan feliz nos hicieron en otro tiempo. Es imposible descubrir el trabajo del escritor, y por una curiosidad muy natural, nos preguntamos ¿qué sería

más difícil? ¿que haya sucedido lo que el autor nos pinta, o que nos describa así lo que nunca ha sucedido? Bien sé que es casi imposible el comprobar lo que digo, mientras no se aprecie toda la obra en conjunto, porque dos palabras, desligadas de lo que les antecede y de lo que sigue, bien poco significarían, y donde hay una belleza se creería talvez encontrar algo insulso; pero los que han leído a *María*, saben que es perfectamente cierto lo que afirmo; porque así como la mirada más expresiva nada significa para aquél a quien no va dirigida, así como ningunas emociones hace nacer en el corazón de esa persona, así también para apreciar las palabras de *María*, para darles su verdadero alcance, es necesario identificarse con *Efraín*, amarla como él la amó. Óigase, sin embargo, como un trozo de los más lindos por su gracia, naturalidad y sentimiento, el siguiente: “¡Una tarde, hermosa tarde que vivirá siempre en mi memoria! la luz de los arreboles moribundos del ocaso se confundía bajo un cielo color de lila con los rayos de la luna naciente, blanqueados como los de una lámpara al cruzar un globo de alabastro. Los vientos bajaban retozando de las montañas a las llanuras, las aves buscaban presurosas sus nidos en los follajes de los sotos. Los bucles de la cabellera de *María*, que recorría lentamente el jardín asida de mi brazo con entrambas manos, me habían acariciado la frente más de una vez; y ella había intentado reclinar la sien sobre mi hombro; nada nos decíamos..... De repente se detuvo sobre una calle de rosales; miró algunos instantes hacia la ventana de mi cuarto y volvió aún los ojos para decirme:

-Aquí fué: así estaba yo vestida; ¿lo recuerdas?

-Siempre, *María*, siempre..... le respondí cubriéndole las manos de besos.

-Mira: esa noche me desperté temblando, porque me soñé que hacías eso que haces ahora..... ¿ves este rosal recién sembrado? Si me olvidas, no florecerá; pero si sigues siendo como eres, dará las más lindas rosas, y se las tengo prometidas a la *Virgen*, con tal que me haga conocer por él si eres bueno siempre.

Sonreí enternecido por tanta inocencia.

-¿No crees que será así? me preguntó seria.

-Creo que la *Virgen* no necesitará tantas rosas.

Hizo que nos acercáramos a la ventana de mi cuarto. Una vez allí, desenlazó su brazo del mío; se dirigió al arroyo distante unos pasos, anudándose en la cintura el pañolón; y trayendo agua en el hueco de las manos juntas, se arrodilló a mis pies para dejarla caer sobre una cebolleta retoñada, diciéndome:

-Es una mata de azucena de la montaña.

-¿Y la has sembrado ahí?

-Porque aquí.....

-Ya lo sé, pero esperaba que lo hubieras olvidado.

-¿Olvidar? ¡Como es tan fácil olvidar! me dijo sin levantarse ni mirarme.

Su cabellera rodaba destrenzada hasta el suelo, y el viento hacía que algunos de sus bucles tocaran los blancos mosquitos de un rosal inmediato.

-¿Pero no sabes por qué aquí encontraste el ramillete de azucenas?

-¿Cómo no lo he de saber? Porque ese día hubo quien supusiera que yo no quería volver a poner flores en su mesa.

-Mírame, María.

-¿Para qué? respondió sin levantar los ojos de la matica, que parecía examinar con suma atención.

-Cada azucena que nazca aquí será un castigo cruel por un solo momento de duda. ¿Sabía yo, acaso, si era digno? ... Vámonos a sembrar tus azucenas lejos de este sitio”.

Trozos como éste se encuentran en todas sus páginas, o más bien, todos los diálogos son semejantes. ¿Y no es verdad que para escribir así es necesario sentir? Cien veces se pregunta uno si no es todo cierto.

Uno de los episodios más bellos de toda la novela es la historia de este ramo de azucenas.

En una de las primeras noches del regreso de Efraín, había formado mil proyectos relativos a su amor; había desconfiado del cariño de María. Para desechar tan tristes pensamientos salió a recorrer los montes inmediatos, trayendo a su vuelta un pequeño ramillete de azucenas. “A mi regreso, que hice lentamente, la imagen de María volvió a asirse a mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves, sus aguas, ¿por qué me hablaban de ella? ¿Qué había allí de María? en las selvas húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río... Era que veía el Edén, pero faltaba ella; era que no podía dejar de amarla, aunque no me amase. Y aspiraba el perfume del ramo de azucenas silvestres, pensando yo que acaso merecerían ser tocadas por los labios de María; así se habían debilitado en tan pocas horas mis propósitos heroicos de la noche”... Pero ¿quién no sabe lo que valen los propósitos, cuando está herido el corazón?

María acostumbraba cambiar todos los días las flores con que engalanaba el florero de la pieza de Efraín, y aquella mañana no lo hizo. Este, por un sentimiento tan tierno como delicado, nos dice que se deleitaba imaginando cuán bella quedaría una de sus pequeñas azucenas sobre los cabellos castaños lucientes de María.-Cuando entra a su cuarto y no encuentra allí ni una flor, “flores cuya fragancia habían llegado a ser algo del espíritu de María que vagaba a mi alrededor en las horas de estudio, que se mecía en las cortinas de mi lecho durante la noche... lo llevé a mis labios como para despedirme por última vez de una emoción querida y lo arrojé por la ventana». Efraín trató de disimular su despecho hablando de las mujeres hermosas de Bogotá, ponderando especialmente los encantos, las gracias y el ingenio de... ¡Pero cuál no fue su sorpresa al ver más tarde una de las azucenas en la cabeza de María! “Había en su rostro bellissimo tal aire de noble, inocente y dulce resignación que, como magnetizado por algo desconocido hasta entonces para mí en ella, no me era posible dejar de mirarla. Niña cariñosa y risueña, mujer tan pura y seductora como aquéllas

con quienes yo había soñado, así la conocía; pero resignada ante mi desdén, era nueva para mí. Divinizada por la resignación, me sentía indigno de fijar una mirada en su frente”. -Qué respuesta tan verdadera y tan sentida da María cuando le pregunta el padre de Efraín que quién le había enviado esas azucenas que sólo había en la montaña! “Efraín botó unas al huerto; y me pareció que siendo tan raras, era lástima que se perdiesen: esta es una de ellas.

-María, le dije yo, si hubiese sabido que eran tan estimables esas flores, las habría guardado para vosotras; pero me han parecido menos bellas que las que se ponen diariamente en el florero de mi mesa”.

“Comprendió ella la causa de mi resentimiento y me lo dijo tan claramente una mirada suya, que temí se oyeran las palpitaciones de mi corazón. -Aquella noche, después de haber vacilado mucho, le dije al fin, con voz que anunciaba mi emoción: María, eran para tí; pero no encontré las tuyas. Sus ojos me miraron asombrados y huyeron de los míos, púsose en pie, y como concluyendo una reflexión empezada, me dijo tan quedo que apenas pude oírlo: “entonces... yo recogeré todos los días las flores más lindas” y desapareció.

Así fue como estos dos jóvenes se habían confesado su mutuo cariño, el primero que sentían. Aun estaban en los primeros preludios de la pasión, primeros encantos del alma que se despierta y de los sentidos que se ignoran, como se expresa un moderno escritor; ni habían pensado aún en examinar lo que esperaban, ni la suerte que reservaba el destino a su cariño. Eran jóvenes y poseían la fe, esa compañera inseparable del primer amor, que se apaga y muere con él, mas que no renace como él de sus propias cenizas. Véase en qué términos se expresa Efraín: “Allí estaban las flores recogidas por ella para mí: las ajé con mis besos; quise aspirar de una vez todos sus aromas, buscando en ellas las de los vestidos de María, bañélas con mis lágrimas..... Ah! los que no habéis llorado de felicidad así, llorad de desesperación, si ha pasado vuestra adolescencia, porque así tampoco volveréis a amar ya! ¡Primer amor! Noble orgullo de sentirnos amados; sacrificio dulce de todo lo que antes nos era caro a favor de la mujer querida; felicidad que comprada en un día con las lágrimas de toda una existencia, recibiríamos como un don de Dios; perfume para todas las horas del porvenir; luz inextinguible del pasado; flor guardada en el alma y que no es dable marchitar a los desengaños; único tesoro que no puede arrebatarnos la envidia de los hombres; delirio delicioso... .. inspiración del cielo... .. María! María! Cuánto te amé! Cuánto te amara!”

Isaacs, comprendiendo muy bien el corazón del hombre, hace que su héroe se enamore de María, no por el conocimiento más o menos completo que tenga de ella, sino que se esmera más en ponernos a la vista esos mil pequeños incidentes en los cuales se complace el amor y que hasta cierto punto lo constituyen. Más impresión hacen en el amor del joven el modo de expresión de María, sus finas atenciones respecto a las flores que ponía diariamente en el florero de su cuarto, que todas las

buenas cualidades que la adornaban. Por una ilusión tan común en la vida, y que todos experimentamos, pero al mismo tiempo tan tierna y significativa, todo lo que se relaciona con el objeto de nuestro cariño lo hacemos partícipe de nuestro afecto. ¡Cuántos ingeniosos medios no emplea la pasión para saber lo que se relaciona con nuestro amor! ¡Y cuántos misterios y ardidés se hallan en las almas más rectas y honradas! Amamos el libro que lee, cultivamos la flor que prefiere, y hasta el inocente pajarillo que la alegra con sus cantos tiene parte en nuestras caricias. ¿No dicen los amantes que es una suprema felicidad beber en la copa en que ella posó sus labios? ¡Con razón se puede afirmar que los enamorados son unos locos, que sólo los niños saben amar, o que es preciso amar como niños! Por eso hay horas en la vida cuyo sólo recuerdo basta para borrar años de sufrimientos. ¿Tiene derecho de quejarse el que fué dichoso un día?

Todo esto bueno puede hallarse en María; pero confesemos también que tiene su lado peligroso; deseamos que lo que el autor nos refiere sea una realidad y casi llegamos a convencernos; y adquirida la certidumbre, desespera uno de amar y ser amado como Efraín, No tenemos más que tender una mirada a nuestro alrededor y ¿qué es lo que vemos, ¡Ah!...

María, a consecuencia de las emociones sufridas, cae enferma. Conseguido el consentimiento de su padre, Efraín se ve en una situación verdaderamente difícil y que ha prestado al autor más de una ocasión para regalarnos con mil bellas y delicadas escenas. Nos habla de su madre y hace que la amemos; nos manifiesta sus circunstancias, y lo compadecemos. “María amenazada de muerte; prometida así por recompensa a mi amor, mediante una ausencia terrible; prometida con la condición de amarla menos; yo, obligado a moderar tan poderoso amor, amor adueñado para siempre de todo mi ser, so pena de verla desaparecer de la tierra como una de las beldades fugitivas de mis ensueños, y teniendo que aparecer en adelante ingrato e insensible tal vez a sus ojos, ¡sólo por una conducta que la necesidad y la razón me obligaban a adoptar! Ya no podía yo volver a oírle aquellas confidencias hechas con voz conmovida; mis labios no podrían tocar ni siquiera el extremo de una de sus trenzas. Mía o de la muerte, entre la muerte y yo, un paso más para acercarme a ella, sería perderla, y dejarla llorar en abandono, era algo superior a mis fuerzas. ¡Corazón cobarde! no fuiste capaz de dejarte consumir por aquel fuego que mal encendido podía agostarla... ¿Dónde está ella ahora, ahora que ya no palpitas; ahora que los días y los años pasan sobre mí sin que sepa yo que te poseo?”

Otro de los pasajes que más interés despierta en nosotros es aquel en que Carlos, el amigo más querido de Efraín, solicita a María, ¡Cuán extraña nos parece a primera vista la conducta de Efraín, y sin embargo, cuán fácil de explicar! Se revelan ahí perfectamente la conducta del hombre que ama y las delicadezas del joven que comienza a vivir, ¡Qué hermosa conducta la de María: calla lo que siente, pero se adivina lo que piensa! Vosotras, coquetas, no lo leáis, o más bien, grabadlo en vuestra

mente; que una vez que lo sepáis de memoria, el día de vuestra enmienda estará muy cerca. ¿Y qué decir de la madre de Efraín? ¿No llegamos hasta igualarla con la nuestra?

¿Y la bellísima canción de las Hadas? ¿No es cierto que largos días después aún creemos percibir como un eco lejano aquellos dos últimos versos que sólo las Hadas pueden haber inspirado?

Ellas me han dicho que conmigo sueñas,  
Que me harán inmortal si me amas tú.

Otro de los sentimientos que ha inspirado a *María* es ese inseparable cariño a la tierra que nos vio nacer. ¿No os habéis alejado nunca de vuestros hogares? ¿Sí? pues entonces todo lo que habéis llorado por esa ausencia, todos los goces que proporciona su recuerdo, todas las emociones que se sienten al verla de nuevo, ahí las tenéis, frescas, palpitantes.

¡Cuántos encantos encuentra Efraín en la contemplación del pálido azul del cielo de su valle natal, en las altísimas crestas de sus montañas, en las nieblas de sus montes, en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guadales, cuando ve blanquear sobre la falda de la montaña la casa de sus padres, cuando respira aquel perfume nunca olvidado del huerto que se vio formar!

Todas las descripciones, en general, de este precioso libro son naturales, expresivas y animadas; y puede observarse en todas ellas cierto tinte melancólico, un aire de tristeza que infunde lejano terror en el corazón, que lo hace a uno estremecerse, como presintiendo el fin desgraciado de la historia, preparando ya al lector y despojándolo de aquel valor necesario para conocer el desenlace sin derramar copiosas lágrimas.

Todos los personajes con los cuales nos relacionamos son para queridos. El carácter del viejo José, Emma, la hermana cuidadosa y amable, el padre de Efraín, grave hasta la rigidez, pero celoso del bienestar de su familia; el niño Juan, el mimado de María, y hasta el perrito Mayo, el amigo antiguo de la casa, el guardián envejecido en el servicio, son otros tantos tipos que uno ama involuntariamente y por cuya felicidad se interesa. Quisiéramos conocerlos, vivir entre ellos, hacerlos nuestros amigos. Y es un hecho digno de notarse que no ha habido empeño ninguno en contrapesar tanta bondad, con algún personaje de esos que, como el diablo de Roberto, tienen al lector siempre temiendo, en espera de alguna maldad. Y a pesar de tener cada uno cualidades muy distintas, por las cuales nos sean simpáticos, con todos confraternizamos. ¡Tan cierto es que cuando el hombre se encuentra dominado por alguna pasión buena, cuando se siente feliz, quiere que todos participen de su dicha!

La narración principal ha sabido variarla el autor insertando ciertos episodios, que al mismo tiempo que, más o menos inmediatamente, se relacionan con aquélla, son de un gusto exquisito y de un vivo interés. La cacería del tigre, por ejemplo, es sin disputa una de las más bellas páginas de todo el libro, en que ha demostrado Isaacs una aptitud bien notable para el género descriptivo. Y aquel otro de Tiburcio, el cantor de

Al tiempo le pido tiempo  
Y el tiempo, tiempo me da  
Y el mismo tiempo me dice  
Que él me desengañará,

en que se nos muestra a Salomé, la muchacha viva y agraciada, y a su novio tan celoso como querido. Le ha proporcionado también éste episodio la oportunidad de hablarnos aquel lenguaje peculiar a los campesinos de su país, en que tan difícil es conciliar el buen gusto con la naturalidad, dificultades que, preciso es convenir, ha sabido zanjar con toda felicidad. Indudablemente que esto tiene mucho más mérito e interés para un lector colombiano, que para nosotros, chilenos, que no conocemos aquellos dialectos; pero eso no quita que sepamos apreciar perfectamente cuánto realce da a la novela la pintura de esos tipos nacionales que cada día van desapareciendo más rápidamente con los progresos de nuestra civilización...

Debemos exceptuar, con todo, la larguísima historia de Nay, que, por más poética que sea, está muy desligada de la acción principal; y tanto es así, que podemos omitir perfectamente esa parte sin que sufra en lo más mínimo la claridad en el desarrollo de la acción. Algunos pretenden ver en ella una historia popular del modo cómo se introdujo la esclavitud en Nueva Granada; pero, en cuanto a nosotros, si hemos de ser sinceros, no creemos que el campo en que respira *María* pueda convenir para tales narraciones; mucho menos cuando Nay es un personaje tan secundario y que tan poco interés despierta en el lector.

Otro pequeño defecto que debe notarse, pero que a todas luces viene de la forma cronológica adoptada por el escritor para su drama, es aquel modo tan uniforme con que se inician muchos capítulos. Pero falta tan insignificante es ésta, que la menor atención bastará para salvarla.

No puede decirse otro tanto del justísimo reproche que se le ha hecho a *María*, por aquella vuelta de Efraín de Inglaterra a su país y que tan poco en armonía se encuentra con la impaciencia natural que debe sentir Efraín por ver a su amada moribunda, impaciencia que, como es de suponer, se apodera vivamente del lector. No puede negarse que hay cosas buenas en esas páginas; pero la observación más mediana nota con facilidad que se ha hecho en ese tiempo mucho hincapié; tanto más,



cuanto ya el lector sabe el triste estado de María y la ansiedad en que se está por saber si Efraín alcanza a verla morir o no.

En cuanto al estilo en que está escrita la obra, puede asegurarse que, a excepción de ciertos trozos muy trabajados, de ciertas frases o comparaciones algo raras, es bueno. Mas, por su misma naturaleza, *María* no puede ser un modelo en este género. Cuando Efraín nos manifiesta lo que siente, su lenguaje se eleva hasta la poesía, y nunca es desaliñado o rastroso.

Ordinariamente sucede con los libros escritos para recrear, con las novelas, por ejemplo, que apenas se leen ya se olvidan, como esos malos trozos de música que se escuchan muy distraído y que mañana no se recuerdan, pudiendo asegurarse que es tanto mayor el mérito de una producción de esta especie, cuanto más duraderas son las impresiones que produce; pues bien, sostenemos que la creación del señor Isaacs posee esta preciosa cualidad en el más alto grado. ¿Quién que una vez la haya leído podrá olvidarla? Es también muy difícil resignarse a leer por dos veces una novela; pero en *María* pasa todo lo contrario; el que llegó a conocerla desea siempre repasarla de nuevo, encontrando en ella bellezas que al principio pasaron inadvertidas. Su lectura, además, no es tanto una narración como la representación de un drama; parece que vemos las miradas de María y que percibimos en su rostro las más mínimas alteraciones que experimenta.

¡Impresión tan singular la de este libro cuyas páginas no pueden apreciarse, hasta que el llanto, desahogo de un corazón entristecido por emociones profundas, haya cesado ya largo tiempo de correr! ¡Qué encanto es el que tiene *María*, que a pesar de lo que nos hace sufrir, pero con ese sentimiento que, lejos de aniquilar el alma, la consuela, no nos podemos resignar a cerrarla sin haber hojeado por última vez una a una todas sus páginas! ¿No es verdad que se siente abandonar ese dulce campo de ilusiones en que hemos vivido, mientras devorábamos sus capítulos, para tornar de nuevo a nuestras realidades tan pequeñas? De nuevo, Jorge, ¿has soñado, o realmente te han amado y correspondido así? Realidad o mentira, gracias. Mueves tú en nuestro corazón fibras mucho tiempo ya olvidadas y que sólo en nuestra niñez se conmovieron, haciéndonos lamentar ese tiempo pasado en que tan dichosos nos creímos y que ¡ay! pasó para no volver. ¡Si tú has llorado y si nosotros te acompañamos en tu dolor, consuelo, que Dios bendice las lágrimas!

Por estas lágrimas, es grande, inmensa, colosal, *María*...

Por eso vivirá eternamente ese libro en el corazón de todos los que hayan tenido la dicha de leerle! Un día podrá decirse: «en el corazón del mundo entero»

¡Bendita seas, *María*!...

¡Tú me has hecho gozar con gozo inefable, en el llanto que de mis ojos se desprendía, leyéndote!

¡Tú has hecho saborear a mi alma mil delicias desconocidas!

¡Y le has hecho conocer, a ella que apenas principia a vivir, un mundo ignorado de bellissimo sentimiento!

Yo que creía que la dicha de sentir era limitada como el que siente, he aprendido que es infinita, como la Omnipotencia que la inspira.

Vosotros, los que no creéis, leed, os ruego, a *María*. Y si no bendecís a Dios, si no amáis con todo el fuego de vuestro corazón a María, si no amáis a todo lo creado por el Supremo Artífice. ¡El tenga piedad de vosotros! . . . . .

Vosotros, los que os halláis con la desesperación en el alma, herido de muerte el corazón, creedme, leed a *María*; pero leedla palabra por palabra, letra por letra; o más bien, deletread nota por nota esa melodía sublime del alma, elevada por el dolor.

Si vuestras lágrimas no corren presurosas por vuestras mejillas; si no os sentís tranquilos, aunque entristecidos, pero con una tristeza dulce y llena de resignación... alzad vuestras manos al Ser Supremo, y orad, sí, orad con fervor, porque vuestro último momento no tardará en llegar. . . . ¡Vuestro corazón es un túmulo erigido a la dulzura del consuelo!

Leedla, sí, leedla, si os es posible, allá en algún apartado rincón de la tierra, donde no os perturbe el bullicio del mundo.

Tomadla en vuestras manos y alejaos a lo más recóndito del bosque, y allí, sentados en la verde yerba, reclinada vuestra cabeza en el tronco de un árbol, cobijados por sus ramas, por entre las cuales se puede mirar al cielo, leed, deletread a *María*.

O bien, siempre en el campo, en vuestra morada, con el crepúsculo vespertino, con la aurora, o la luz de una lámpara, en alguna modesta mesa, rodeados de los seres que os son caros, leedla sin desperdiciar una coma siquiera”<sup>2</sup>.

De sentir es que entre nosotros no se haya hecho alguna edición de este libro; haría un verdadero servicio a la literatura chilena el que popularizase entre nosotros a *María*, la obra del prestigioso Jorge Isaacs.

Ya ves que he cumplido mi compromiso; si lo he hecho mal, sabes que nadie más bien que tú debes disculparme, desde que a tan mal obrero encargaste el trabajo. Y ahora, no me dirás: ¿cuándo leeremos otra vez a *María*? ¡Cuándo! ¡Cuándo!

(De la revista *Sud-América*, número de 25 de Agosto de 1873).

---

<sup>2</sup> Palabras de un escritor de “El Americano”, p. 518.